

**“UNA VOZ QUE SE ALZA ENTRE NOSOTROS”
MÁXIMO JOSÉ KAHN ANTE LA SHOAH Y
EL ESTADO DE ISRAEL.**

MARIO MARTÍN GIJÓN

Abstract

This article succinctly presents the work of Máximo José Kahn (Frankfurt am Main, 1897- Buenos Aires, 1953), one of the most relevant Spanish Jewish writers of the XX century, specifically putting emphasis on his position on the Shoah and the establishment of the State of Israel, historical accounts which he was one of the first to write in Spanish.

Key-words: Máximo José Kahn, Spanish literature, 20th century, Jewishness, Shoah, State of Israel

Introducción

El exilio republicano español de 1939 supuso, tanto por sus dimensiones como por su duración, el movimiento más importante de población por razones políticas de la historia de un país desgraciadamente pródigo en exilios. Aunque lejano en el tiempo, el precedente más similar en el imaginario de los exiliados era la expulsión de los judíos en 1492 por decisión de los Reyes Católicos. Por otra parte, desde la llegada al poder del partido nazi en 1933 y su inmediata puesta en práctica de una política antisemita en Alemania, un número cada vez mayor de judíos

abandonaban el continente europeo. Los caminos de judíos y españoles que huían de regímenes totalitarios se cruzaron durante aquellos años, ya fuera en el cautiverio de los campos de concentración de Francia o en el horror de los campos de exterminio nazis, en los barcos salvadores que llevaban a los países de acogida en el continente americano o en las principales capitales del exilio, como México, Buenos Aires o Nueva York. Pero ¿qué visión predominó entre los exiliados españoles sobre la diáspora judía y, posteriormente, sobre el genocidio llevado a cabo por los nazis? ¿En algún momento los exiliados judíos y los republicanos españoles, más allá de su causa común antifascista, se sintieron parte de una misma comunidad?

Según Jacobo Israel Garzón, “los judíos medievales españoles representaban en el imaginario de los exiliados a los adelantados y liberales de otros siglos y en cierto modo a sí mismos, mientras que la Inquisición y la España de la Cruz y de la Espada representaban a la España de Franco”.¹ Era evidente que, en ambos casos, la imposición de una España monolítica e intransigente en su ideología había obligado al destierro a quienes mantenían otras creencias o ideologías. Por ello aparece una clara identificación afectiva hacia los judíos en varias obras de exiliados españoles, como en el drama *Los aniversarios* de Manuel Andújar, cuyo protagonista, Peter Sturm, es un poeta judío alemán desterrado; o en la lírica de Rafael Alberti, quien en uno de sus *Retornos de lo vivo lejano* se identifica con Yehuda Haleví. Otros poetas, como León Felipe o Jorge Guillén, cuya esposa era judía francesa, dedicaron poemas al pueblo de Israel.

Aún durante la Segunda Guerra Mundial, el escritor alcarreño José Herrera Petere, en su novela *Profunda retaguardia*, cuya primera versión data de 1942, pretendía analizar la mentalidad racista del protagonista, Valdemar Spiegel, un espía nazi en México. Por su parte, el sevillano Antonio Aparicio, conocido sobre todo como poeta, publicaba en 1945 su libro *Cuando Europa moría o doce años de terror nazi*, donde describía

1 Jacobo Israel Garzón, *El exilio republicano español y los judíos*, Madrid 2009, p. 57.

la vida y la muerte en los campos de exterminio nazis, destacadamente en Auschwitz.²

La cuestión es algo más intrincada en el caso de Max Aub, hijo de padres judíos, y que por ello no podía proyectar sobre el pueblo judío la mirada solidaria, pero externa, de otros autores como los arriba mencionados. Pero criado en una familia judía librepensadora, que había abrazado la asimilación a la cultura francesa, Aub no sintió la religión ni la historia judías como una parte de su cultura hasta muy tarde, precisamente hasta conocer, de primera mano, la persecución de los judíos, que reflejaría en su tragedia *San Juan*. Con todo, este drama no aborda específicamente el antisemitismo, sino la insensibilidad de los gobiernos democráticos hacia los perseguidos, ya fueran judíos o españoles republicanos. La visita de Aub a Israel, invitado por la Universidad Hebrea de Jerusalén en 1966, le servirá para asumir definitivamente su extrañamiento respecto a la religión y cultura de sus antepasados. Con todo, el judaísmo recorre de una u otra manera su obra, como ha demostrado recientemente el estudio monográfico de José-Ramón López García.³

Probablemente, sin desdeñar el interés puntual de muchos exiliados por la trágica historia del pueblo judío, si queremos encontrar a un exiliado que asumiera plenamente su condición judía y, lo que es más, realizara una reflexión de hondo calado sobre la misma, hemos de ocuparnos inevitablemente del “otro Max” del exilio republicano, Máximo José Kahn. Nacido en Frankfurt am Main en 1897, también en el seno de una familia judía asimilada, y fallecido el 20 de julio de 1953, emigrado a España en 1921, exiliado en México y finalmente en Argentina por defender la causa de la República, Kahn es un complejo caso en el que se cruzan tres culturas que, a lo largo de su vida, definieron en mayor o menor medida su obra.

2 José Herrera Petere, *Profunda retaguardia*, México 1942. Antonio Aparicio, *Cuando Europa moría o doce años de terror nazi*, Santiago de Chile 1946. Jorge Guillén, *Aire nuestro* (2 vol.), Barcelona 2008 (véase “Glosas”, “Y otros poemas”). León Felipe, “Auschwitz”, “¡Oh, este viejo y roto violín!” (“A todos los judíos del mundo, mis amigos, mis hermanos”) (1965); recogidos en *León Felipe – Poesías Completas*, Madrid 2010.

3 Max Aub, *San Juan*, Tragedia, México 1943. José-Ramón López García, *Fábula y espejo. Variaciones sobre lo judío en la obra de Max Aub*, Sevilla 2013.

Dentro de su trayectoria y obra, que he analizado por extenso en otro lugar,⁴ aquí me limitaré a sintetizar las ideas principales de Kahn sobre la destrucción de la judeidad europea y sobre el Estado de Israel, cuyos primeros pasos llegó a conocer.

Las cenizas de un pueblo. Kahn ante el Holocausto.

En su reseña de *Año de noches* (1944), la primera novela de Máximo José Kahn, el poeta judeoargentino León S. Pérez reprochaba que le resultaba “raro que esta obra no se halle atravesada por el soplo de la tragedia judía, ya que se desenvuelve en los años más dramáticos” y consideraba que “su exclusión no es fácilmente explicable”.⁵ Reproche algo injusto, pues Kahn había comenzado a escribir esta novela en México, probablemente entre finales de 1942 y principios de 1943, y solo recibiría las primeras noticias del Holocausto ya en Argentina, a mediados de 1944. Su primera reacción aparece en la “Nota marginal” que se vio obligado a añadir a su traducción de *Nietzsche y los judíos*, del historiador judeoalemán Richard Maximilian Lonsbach, justificando dicha nota porque en el lapso de cinco años transcurrido entre la publicación en alemán del libro de Lonsbach y su traducción al castellano, se había producido el exterminio mayoritario de la población judía, y en aquellos días inciertos Kahn calculaba en “un millón los que se salvaron encontrando asilo entre el destierro y los escondrijos”.⁶ Aún antes de la liberación de Auschwitz y otros campos de exterminio y de que se conociera en toda su extensión el genocidio judío, Kahn se preguntaba cómo consideraría la historiografía futura la desaparición de los judíos, imposible de comparar con “la muerte de los soldados, el martirio de las víctimas políticas y la desaparición de los seres de cualquier índole, anónimamente derribados”. Para Kahn,

4 Mario Martín Gijón, *La patria imaginada de Máximo José Kahn. Vida y obra de un escritor de tres exilios*, Valencia 2012.

5 León S. Pérez, “*Año de noches*, de Máximo José Kahn”, *Davar* 12 (1947): 103-106.

6 Máximo José Kahn, “Nota marginal”, en: Richard M. Lonsbach, *Nietzsche y los judíos*, traducción y nota marginal de Máximo José Kahn, Buenos Aires 1944, p. 7.

anticipando la reflexión que tanto desde la teología judía como desde la filosofía se iniciaría años después, “la muerte de los judíos se sustrae aún más ariscamente a la comprensión llana que su vida”, por lo que esta muerte “es, quizá, la más enigmática de todas las muertes; ciertamente es la más acusadora”.⁷ Como ha resumido Leonardo Senkman, en esta riquísima “nota marginal”, que de hecho llamaría más la atención de la crítica que el propio libro de Lonsbach, Kahn expuso que “los judíos no sólo dejaron de ser dueños de sus vidas: también fueron despojados de sus propias muertes”.⁸

Ya después de conocer la extensión del exterminio de la judeidad europea, Kahn, como tantos otros, se preguntó cómo había podido suceder. En su ensayo “*Mit brennender Sorge*. La Contra Inquisición”, publicado en noviembre de 1945 en la revista *Sur*, y donde adelanta algunas de las ideas fundamentales que desarrollaría en su libro *La Contra-Inquisición*, Kahn, recordando el título de la famosa encíclica de Pío XI sobre la situación de la Iglesia en el Tercer Reich, leída el 14 de marzo de 1937 en las iglesias alemanas y que, curiosamente, sería censurada en la España franquista, condena la pasividad de la Iglesia Católica y su negativa a reconocer el judaísmo como “raíz de todo lo cristiano”, su empeño “en evolucionar sin raíces y en hacer como si no las necesitase”, que habría hecho posible que el nazismo impusiera “sus principios del señorío arbitrario, de la violencia total, de la verdad dirigida, de la sangre única, de la irreligiosidad”.⁹

Este ensayo se integraría en su libro *La Contra-Inquisición. Capítulos para la historia de nuestras cenizas*, terminado en octubre de 1945, y que resulta la meditación más temprana sobre la Shoá en lengua española. Dos temas destacan por encima del resto: la responsabilidad de la Iglesia Católica, por su pasividad, en “la extirpación de seis millones de judíos”,¹⁰

7 *Ibidem*, p. 9.

8 Leonardo Senkman, “La obra de Máximo José Kahn en Argentina. Del exilio republicano a la diáspora judía”, en: Máximo José Kahn, *Arte y Torá. Interior y exterior del judaísmo*, Edición de Mario Martín Gijón y L. Senkman, Sevilla 2012, p. 54.

9 Máximo José Kahn, “*Mit brennender Sorge*. La Contra Inquisición”. *Sur* XIV/133 (noviembre 1945): 44-61.

10 Cito por la reciente reedición: Máximo José Kahn, *La Contra-Inquisición. Capítulos*

y los orígenes del antisemitismo en Alemania. Un año antes de que Karl Jaspers publicara su libro *La cuestión de la culpa (Die Schuldfrage)*, Kahn analiza la cuestión de la responsabilidad colectiva de un pueblo que aceptó el racismo biológico nazi, viendo en el culto al Estado por encima de la moral o de razones espirituales el fundamento que facilitó esa asunción de una ideología que, según Kahn, veía en los judíos a su principal adversario por representar “la creencia pura” y “la conciencia”,¹¹ opuestas a la subordinación irracional al líder. En cuanto a la jerarquía católica, Kahn les reprocha un antijudaísmo que, aunque de otra índole, habría facilitado la extensión del antisemitismo nazi, en lugar de haber reconocido el judaísmo como “raíz de todo lo cristiano” y unirse contra una ideología atea, impidiendo la victoria de “sus principios del señorío arbitrario, de la violencia total, de la verdad dirigida, de la sangre única, de la irreligiosidad”.¹² El ensayo combina el rigor vehemente de la denuncia con momentos en los que la perplejidad y el dolor paralizan el desarrollo argumental de lo que, de todos modos, es inexplicable: “Temblamos: el orbe judaico está sumido en frío, soledad y noche. Estamos malheridos: se han quemado millones de corazones judíos”.¹³ No extraña que el ensayo de Kahn tuviera un notable eco en la comunidad judía argentina, en un momento en que ningún pensador judío se había atrevido a abordar las consecuencias de la Shoá. Aunque muchos no compartieran algunas de sus conclusiones, el lirismo y vigor sin complejos con que defendía el judaísmo eran poco comunes entre quienes estaban habituados a comportarse de manera discreta y preconizar la asimilación. León S. Pérez, que mantenía notables diferencias con el autor, reconocía que “cuando una voz como la de Máximo José Kahn se alza entre nosotros debe hacerse un justiciero silencio para escucharla con recogimiento. Trae a la superficie algo de lo más hondo y siempre nuevo: la tremenda calidad espiritual del judaísmo,

para una historia de nuestras cenizas, edición de Mario Martín Gijón y Leonardo Senkman, Sevilla 2015, p. 137.

11 *Ibíd.*, p. 111.

12 *Ibíd.*, p. 137.

13 *Ibíd.*, p. 121.

su ley reacia a comulgar con otras leyes y su vitalidad perdurable”.¹⁴

Por otra parte, el genocidio nazi significó para Kahn la ruptura final con su patria de nacimiento, hasta el punto de que no volvería a utilizar la lengua alemana en su escritura. Cuando en junio de 1945, la revista *Deutsche Blätter*, que dirigía un grupo de exiliados antinazis en Santiago de Chile, y que llevaba el subtítulo (que cobra hoy una inquietante actualidad) de “Por una Alemania europea, contra una Europa alemana”, le solicite una colaboración para el homenaje a Thomas Mann por su septuagésimo aniversario, Kahn enviará un texto en castellano, que se centra en la trilogía novelística *José y sus hermanos*, reconociendo los méritos del escritor de Lübeck en su lucha contra el antisemitismo.¹⁵ Algo por entonces no tan corriente, en medio de la lógica germanofobia de la comunidad judía argentina, cuando por ejemplo, Lázaro Liacho, poeta judío de orígenes polacos (su apellido era Liachovitzky), en su ensayo “El judío en la fantasía del alemán” acusaría a Thomas Mann de un “sentimiento de asco y desprecio por lo judío”, que de hecho sería la quintaesencia de lo germánico en él y que se reflejaba en su “natural placer en crear judíos mefistofélicos, degradados, repudiables”, de los que cita como ejemplo, entre otros, a León Naphta en *La montaña mágica*.¹⁶

Por tanto, la primera reacción de Kahn ante la Shoá fue la de una desesperación absoluta, un sentimiento de derrota sin explicaciones ni solución. En su ensayo “Judaísmo, sueño soñado por la deidad”, publicado en 1947, se enfrenta con la situación del mundo “a raíz de haber sucumbido seis millones de judíos”. A Kahn le cuesta creer que este sufrimiento, que ha hecho que los judíos lleguen a ser “más cenizas que carne” fuera en vano, y con osadía alada llega incluso a enunciar la sorprendente hipótesis de un mesías que habría perecido entre los seis millones de judíos asesinados por los nazis:

14 León S. Pérez, “La Contra-Inquisición, de Máximo José Kahn”, *Davar* 11 (1947): 105-110.

15 Máximo José Kahn, “Homenaje a Thomas Mann”, *Deutsche Blätter für ein europäisches Deutschland, gegen ein deutsches Europa* III/25 (1945): 5.

16 Lázaro Liacho, “El judío en la fantasía del alemán”, *Mundo Israelita* XXIV/1218 (1946): 3.

adivinamos que uno de nosotros poseía la suficiente genialidad de corazón para arrastrarnos a nosotros todos hacia el escándalo sagrado con que soñábamos por haber soñado con él la deidad. Pero entonces llevaron a seis millones de nosotros a la muerte. Creemos saber que entre esos seis millones se encontraba aquél con quien habíamos contado.¹⁷

Kahn se esforzará por dotar de significado a lo inexplicable. Finalmente, en *Arte y Torá*, que él definía, en carta a Rosa Chacel, su “gran libro sobre el judaísmo”¹⁸ y que apareció de modo póstumo, los campos de exterminio serán la conclusión y el fracaso definitivos del error que supuso el proceso de asimilación de los judíos, y Kahn se esfuerza por creer que los prisioneros judíos, enfrentados con la muerte, reanudaron la religiosidad y el vínculo con “el Eterno” que habían perdido. Kahn está convencido de que muchos descreídos, hundidos en la condición extrema del que, como cuenta Primo Levi en *Si esto es un hombre* (1947) era referido como “musulmán” por los prisioneros aún no tan degradados –que ha sido analizado como una “especie concentracionaria” por autores como Robert Antelme en *L’espèce humaine* (1947) o Paul Steinberg en *Chroniques d’ailleurs: Récit* (1996)–, que Kahn califica, con término poco afortunado pero que asimismo alude a su aparente pérdida de la condición humana, como “androides”, recuperaron su judaísmo en medio de la desesperación:

Sin conocer una palabra de hebreo, sin poder fijar la atención en un solo suceso de la historia judía, sin saber cómo es un servicio sinagoga y sin adivinar qué pedir del cuerpo o alma a fin de que se condujera judaicamente, cientos de miles de androides, antes de convertirse en esqueletos, cadáveres, ceniza y putrefacción, fueron indefinido lamento de Israel ante la muralla del mundo. Su judaísmo anónimo, desesperado y martirizante tenía algo de la vesania que bramaba en sus perseguidores. Pero el frenesí que lo producía, le prestaba alas, y debido a él, llenó el espacio-tiempo.¹⁹

17 Máximo José Kahn, “Judaísmo, sueño soñado por la deidad”. *Sur* XVI/152 (junio 1947): 59-75.

18 Ana Rodríguez Fischer, *Cartas a Rosa Chacel*, Madrid 1992, p. 65.

19 Kahn (véase nota 8), pp. 284-285.

En un momento en que estaban lejos de convertirse en los monumentos conmemorativos que son ahora, Kahn cree que en el futuro estos campos, que él considera santificados por haber acogido el martirio de tantos judíos, serían un lugar de memoria tan importante como el Templo de Salomón: “De ahí que, hoy en día, esos *campos santos* instituidos por nacionalsocialistas, tengan aire de emanar lúgubres relaciones con el Eterno. A la judeidad venidera serán lo que fue a la de los siglos anteriores el Templo en ruinas”.²⁰

Sin embargo, Kahn, en una ocasión concreta, adjudicó al Holocausto otro significado bien distinto, siguiendo una corriente muy extendida en la teología judía, especialmente en los Estados Unidos, para la cual el Holocausto cumplía una función teleológica al ser la terrible prueba que hizo posible el regreso a la Tierra Prometida. Su formulación, sin embargo, no podría estar en un contexto más contradictorio. En el ensayo “De la Palabra al Espíritu, del Espíritu a la Vida”, Kahn insiste en su polémica declaración de que “si el judaísmo hubiera sido como los profetas de Israel exigieron que fuera, no habrían podido surgir ni el cristianismo ni el ateísmo comunista y nacionalsocialista. Con un judaísmo de los profetas de Israel, el mundo sería judío”. Sin embargo, el antisemitismo actuaría precisamente como revulsivo y habría mantenido con vida al judaísmo a través de las generaciones, de lo cual, la máxima prueba sería el establecimiento del Estado de Israel tras el genocidio nazi: “La más reciente de las pruebas del fuego ardiendo fue el apocalíptico horno nacionalsocialista del que surgió finalmente el Estado de Israel”.²¹ En efecto, Kahn llegó a presenciar el nacimiento del Estado de Israel pero ¿cuál fue su actitud ante el país que podría haber ofrecido un hogar a quien puede considerarse como un escritor de tres exilios?

20 *Ibidem*, p. 293.

21 Máximo José Kahn, “De la Palabra al Espíritu, del Espíritu a la Vida”, *Davar* 30 (septiembre-octubre 1950): 35-46.

¿Nación de sacerdotes o un Estado entre los Estados? Kahn ante Israel

En su reseña a la novela *Efraín de Atenas* (“libro ciclópeo” según Juan Gil-Albert,²² y que basta para otorgar a Máximo José Kahn un lugar destacado como novelista), Lázaro Liacho, aunque le tributa grandes elogios, ataca la posición contraria al sionismo que el protagonista Efraín muestra en la novela, y se pregunta, puesto que Efraín de Atenas termina sus días en París: “¿El hombre santo judío debe marchar al Occidente y predicar allí sin haber pasado por Palestina? ¿La Santidad misionera debe asentarse en París o en Jerusalén?” Frente a Efraín de Atenas, Liacho opone a los “Efraín de Jerusalén”, la juventud israelí que edificaban un jovencísimo Estado sobre la tierra de sus ancestros:

Jerusalén está en pie y Eretz Israel en crecimiento [...] los Efraín de Jerusalén representan a la eterna juventud israelí; simbolizan a todas las generaciones santificadas que no se dejan matar en santidad, que reclaman el derecho a vivir libremente en Tierra Santa [...] La muerte de Efraín no detuvo en su faena creadora a los *jalutzim*, a los soñadores de la patria libre y reconocida por el concierto de naciones del mundo. El verdadero amor judío a la judeidad es el retorno a la tierra de los antepasados.²³

Tres años después, con motivo de la muerte de Kahn, el mismo Liacho lamentaría que el propio Kahn no hubiera culminado su vida con la marcha “a playas de Oriente, a puertos de Eretz Israel” y hubiera preferido “no escapar al reñido y enmascarado entrevero de la diáspora”.²⁴ De hecho, las reticencias y críticas de Kahn al recién proclamado Estado de Israel fueron seguramente el más grave punto de fricción con la mayoría de la comunidad judía, que había acogido con entusiasmo el increíble éxito del sionismo.

22 Juan Gil-Albert, “Sobre *Efraín de Atenas*. Opina un poeta español”, *Mundo Israelita* 1425 (2.12.1950): 9.

23 Lázaro Liacho, “Efraín de Atenas”, *Davar* 30 (1950): 118-123.

24 Ídem, “El sueño soñado por Máximo José Kahn”, *Davar* 47 (1953): 43-49.

Kahn fue pionero en atizar el debate sobre la conformación del Estado de Israel y resulta una excepción en la intelectualidad judía de Buenos Aires, pues como afirmara Leonardo Senkman, salvo escasas excepciones, “Israel despertó las conciencias de los escritores y ensayistas judíos mucho después del año 1948. Alguno que otro poema de León Pérez y de Fernando Bielopolsky fueron consagrados al nacimiento y renacimiento del Estado judío”.²⁵

Ya en julio de 1944, en su ensayo “La Sinagoga”, publicado en *Sur*, Kahn había saludado con esperanza el avance de los colonos judíos en Palestina y, sobre todo, le había llenado de esperanza la fundación de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Kahn sintió una gran esperanza al constatar que, “después de la destrucción del Templo de Jerusalén, es la primera vez que la Sinagoga se concede a sí misma una visibilidad expresiva” y llegaba a considerar esta universidad como “el primer Vaticano del judaísmo de todos los tiempos”, que supondría la “alta voluntad” de superar “el inaudito martirio de los judíos”.²⁶

Poco después, en su mencionado libro *La Contra-Inquisición*, se pronunció claramente por la necesidad de un Estado judío. En un momento de graves tensiones entre judíos y árabes, apoyados éstos por Gran Bretaña, Kahn ataca a los británicos, declarando que el rechazo de las reclamaciones judías se debía a que “la Palestina judía representaría un monumento de Dios, el más impresionante que se pueda erigir”.²⁷ Respecto a los derechos de los árabes, Kahn los considera una civilización muy inferior culturalmente y opina irónicamente que sería inaceptable “que una de las culturas espiritualmente más estériles del concierto cultural adquiera de repente un significado que le molestaría, probablemente, a ella misma hasta la incomodidad”.²⁸ En su crítica contra los árabes, Kahn se deja llevar por la vehemencia e identifica nada menos que a los mercenarios moros que lucharon junto a Franco con los árabes de Palestina: “Los mismos moros

25 Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires 1983, p. 391.

26 Máximo José Kahn, “La sinagoga”, *Sur* 117 (1944): 48-61.

27 Kahn (véase nota 10), p. 124.

28 *Ibidem*, p. 143.

que lucharon, al iniciarse el segundo tercio del siglo XX, contra cristianos, son los que niegan Palestina a los judíos, a mediados de ese siglo”.²⁹

Hay que aclarar que esta vehemencia sionista que Kahn muestra en *La Contra-Inquisición* resulta única en su obra, tanto anterior como posterior. Pero en 1946, bajo el impacto de las noticias del exterminio de la judeidad europea, Kahn llegó a la conclusión de que solo la posesión de un Estado propio pondrá fin a la constante persecución que los judíos habían sufrido a lo largo de la Historia, y afirma que “a mediados del siglo XX, la diáspora se ha vuelto una forma vital contra natura”³⁰ y por tanto “es menester que los judíos se retiren de la diáspora para eliminar, de esta suerte, la milenaria tentación de las persecuciones y la atroz cobardía que esas persecuciones atizan en la humanidad”.³¹ Para Kahn, en medio de su martirio, el pueblo judío había demostrado que formaba “una nación de sacerdotes” y “un pueblo sagrado”,³² en calidad del cual, y no de cualquier nacionalismo laico creado a imitación de otros, podía reclamar la Tierra Santa.

Sin embargo, poco después de que el Estado de Israel fuera una inesperada realidad, Kahn mostrará su decepción. Ya en la sección de aforismos “De un ábaco judío”, que escribía regularmente en el semanario *Mundo Israelita*, Kahn había ido perfilando su posición frente al movimiento sionista, que consideraba justificado sólo si fuera fiel a una observancia fiel del judaísmo. Así, en 1946, aunque considerase que los fines que perseguían los guerrilleros judíos de Palestina “no valen menos que la Torá”, afirmaba que había que “impedir, a toda costa, que el sionismo degenera en un mero nacionalismo palestinese”. Para Kahn, el Estado de Israel había de construirse sobre un fundamento religioso, lo cual expresa con una provocativa comparación: “Los que creen ser buenos sionistas sin ser buenos judíos se parecen a los que creen ser buenos esposos sin ser buenos amantes”.³³

29 *Ibíd.*, p. 138.

30 *Ibíd.*, p. 146.

31 *Ibíd.*, p. 141.

32 *Ibíd.*, p. 171.

33 “De un ábaco judío”, *Mundo Israelita* XXIV/1225 (14.12.1946): 1.

En su ensayo “El porvenir del Judaísmo y el porvenir de la Humanidad”, publicado en la revista *Davar* en septiembre de 1947, consideraba más importante la reconstrucción religiosa del judaísmo que el establecimiento de un Estado para sus fieles, aunque la forma que aquélla ha de adoptar queda un tanto vaga. Kahn pretende que sería necesario buscar “genialidad religiosa donde la encontremos: en Chipre, en Tel Aviv, entre las ruinas de Varsovia, en los campos de desplazados, en aquellas pequeñas comunidades americanas que cultivan la religiosidad candente y entre los diminutos grupos de hombres jasidistas que merodean por la anónima devastación”.³⁴

Finalmente, en *Arte y Torá*, Kahn muestra una posición ambivalente, pues reconoce la indudable protección y garantías que el Estado de Israel ofrece a quienes fueron víctimas de legislaciones discriminadoras durante siglos:

Con incluirse en el diáfano sistema de los Estados nacionales, el Israel de Palestina deshace la exclusividad que había rodeado a la *raza de dolor* verdadera y aparentemente. Hecho un israelí, el propio judío respira de otro modo. Por grandes que sean las penalidades del Estado principiante, nada pesan las molestias de naturaleza reconstructiva ni los riesgos de orden bélico comparados con el terror que había alentado en la Diáspora.³⁵

Como resume Leonardo Senkman, en *Arte y Torá* “Kahn diferencia a los *judíos sionicos* de los *judíos sionistas*: los primeros continuaban la tradición mesiánica del judaísmo religioso sinaico, mientras los segundos eran nacionalistas políticos judíos inspirados en el nacionalismo europeo”.³⁶ La conclusión provisional de Kahn, en *Arte y Torá*, era que

[...] por ahora, el alma israelí no vale lo que el israelita. En el país de Israel hay algo no digno de su nombre, lo cual implica una paradoja tanto más impresionante cuanto que se trata de un pueblo mil veces desterrado que vuelve al regazo del que salió. No es que le falten cualidades como la hospitalidad o el desinterés. En el lenguaje de otras generaciones se diría

34 “El porvenir del Judaísmo y el porvenir de la Humanidad”, *Davar* 13 (septiembre 1947): 59-83.

35 Kahn (véase nota 8), p. 307.

36 Senkman, introducción a: Kahn (véase nota 8), p. 67.

que *Dios no vive en Palestina*. Y comprobar que la *patria de Yahvé* carece del invisible punto céntrico que engloba el orbe de la Torá, es como llorar lágrimas de sangre.³⁷

En tono admonitorio, Kahn advierte que “algún día le puede costar caro al país de Israel no ser sino un Estado entre los Estados, no tener nada de Sión, no intentar volver sacramental el fondo de su existencia”, ya que en su destino estaba la promesa enunciada en el Éxodo, repetida una y otra vez por el autor, de “plasmear una *nación de varones del Eterno*”. Como esta promesa no se había cumplido, Kahn no alteró sustancialmente su convicción de que “en cuanto judaísmo pujante, el de fuera aventaja al de dentro y esto, pese a su carácter asimilador”, lo cual se debería a las “enormes experiencias” acumuladas por “el judaísmo de la Dispersión se vale de enormes experiencias”. Sus inmensas esperanzas no se veían cumplidas respecto al Estado de Israel, al que prefiere no llamar por su nombre, afirmando que “Palestina es una realización a medias y muy impura bajo el aspecto sacramental”.³⁸

Si por esas mismas fechas, frente a la tentación de emigrar a la Tierra Prometida, Paul Celan había escrito que “quizás soy uno de los últimos que ha de vivir hasta el final el destino de la espiritualidad judía en Europa”,³⁹ también Máximo José Kahn percibía su misión entre gentiles, aunque ésta tuviera además, pese al distanciamiento, una parte siempre ligada a España, que él seguiría siempre viendo como una posible Sefarad, como lo demuestra el hecho de que a su muerte, acaecida de modo repentino el 20 de julio de 1953, la prensa se refiriera a él como escritor “español de origen alemán” o, de modo quizás más apropiado, como “hispano-judío”.

En su extenso obituario titulado “El sueño soñado por Máximo José Kahn”, Lázaro Liacho, sin duda el escritor que con mayor atención siguió la obra ensayística y literaria de Kahn, declara que el de éste fue un “extraordinario destino de israelita, alemán y español del éxodo y del llanto” y, por ello, “si Máximo José Kahn hubiera escrito su autobiografía,

37 Kahn (véase nota 8), p. 311.

38 Ibidem, pp. 310-312.

39 John Felstiner, *Paul Celan: Poet, Survivor, Jew*, New Haven 1995.

es indudable que contaríamos ahora con uno de los documentos más sugestivos y abismados para comprender y dilucidar el destino del hombre judío contemporáneo de la diáspora”.⁴⁰ Aunque no dejara escrita su autobiografía, añadiría yo, sus ensayos y novelas nos siguen convocando y reclamando una atención mayor de la que hasta ahora han recibido.

40 Lázaro Liacho, “El sueño soñado por Máximo José Kahn”, *Davar* 47 (1953): 48.